

tancia poética, sobrenadando sus trozos como una costra inútil. Por el contrario, ella es conservada con ternura, o con una ternura irónica, traspasada y sobrepasada por el ímpetu verbal, demoníaco, del logos superrealista.

Dos dimensiones se sobreponen así en el tiempo, como tesis y antítesis, formando la síntesis de nuestra realidad cultural: la tradición criolla, de que no podemos desentendernos, y las corrientes estéticas de la civilización contemporánea, hecho del que tampoco podemos evadirnos. La solución de este problema se encuentra, por supuesto, a través de una ecuación personal. Cada creador debe resolver por sí el enigma de su forma, de su estilo.

El título del poema es alusivo al carácter mágico del conjuro popular antes citado. *Gran poder*, en cuanto objetivo de acción mágica, y *discurso*, en un sentido de evocación: fórmula oral, sortilegio verbal para la obtención del poder sobre la naturaleza.

La obra se encuentra impregnada de una profunda poesía, no fácilmente asequible, pues el daimon de Braulio Arenas irrumpe a través de un proceso eminentemente intelectual. Tal vez esta característica otorgue a su producción un aura brillante y fría. Pero en realidad, como en sueños, a través de cuadros aparentemente inconexos, brama un mar de fondo, un oscuro torbellino surcado de relámpagos e imágenes estremecedoras, con un oriente vital hacia la plenitud del enigma humano.

Héctor Burgos Stone.

<https://doi.org/10.29393/At392-80VITM10080>

Vivencia, poemas de CARMEN CASTILLO
Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1961

Precedido de algunas palabras de Julio Barrenechea, laureado el año pasado con el Premio Nacional de Literatura, ha sido publicado por Nascimento el libro de poemas "Vivencia", de Carmen Castillo, que presentado a los Juegos Florales Gabriela Mistral en 1959, obtuviera el Primer Premio. Laureado el prologuista, laureada la autora, elogiosos comentarios en las solapas (tal vez sobre una obra anterior, nada se especifica), todo hacía esperar que el contenido respondiera a las expectativas cifradas en él. Desgraciadamente no es así.

Jamás me había tocado leer un libro de poemas en el cual se cometieran tal cantidad de excesos y aberraciones gramaticales, seguramente por desconocimiento de la lengua castellana, de repeticiones de palabras, que hablan muy mal de la fantasía de la autora, y se emplearan metáforas e imágenes inaceptables, que echan por tierra la belleza de otros versos, por suerte exentos de ellas. Alguien ha notado que la imaginación es una de las características de la poesía moderna. Eso puede ser la explicación de los numerosísimos vocablos que Carmen Castillo ha inventado a propósito de sus versos, deseosa, acaso, de dar la impresión de mayor originalidad y de que no se arredra cuando el Diccionario carece en sus páginas del término que necesita. Yo he tenido la paciencia de ir marcando a lo largo de las páginas de "Vivencia" las licencias lingüísticas que su autora se ha permitido incurrir y he notado no menos de 30 insólitas palabras que el idioma castellano no requiere. En eso Carmen Castillo parece que ha querido emular a los aca-

démicos españoles que son quienes, a la postre, deciden su inclusión o exclusión del "libro mayor del idioma".

Veamos algunas formas verbales: orgullar por enorgullecer; material por materializar; dulzureando por endulzando; luego, misterian, humildo (dos veces), enlunecido, envelaras, capullando, proezo, asordinas, malvaloran (hay diferencia con malvender, por ej.), entrebesando, doloreces. Unos pocos adjetivos: celesteisanta, rojiblanco, lilial (supongo que de lirio, dos veces), eternal, geometrizada, enmarecida, frutezca, restable, dulceamarga por agri-dulce, estrellecidas, esfíngicos. Por último, los sustantivos: venaje, vaivénico, videncias (puede ser errata), desolvidos, etc. Me detengo con la penosa impresión de no haber agotado la búsqueda de palabras de tan mal gusto, como inadmisibles. Las repeticiones y las contradicciones merecen párrafo aparte. Anotamos: "Ardiente argamaza de mi arcilla (pág. 26). Cacofonía manifiesta al comenzar el adjetivo y los dos sustantivos con la sílaba AR. "Fosfórica metáfora" (pág. 63). Dos palabras esdrújulas seguidas... "Milagrea el milagro" (pág. 11). "Forma de tu forma" (pág. 22). "Del tiempo de los tiempos sin edades" (pág. 54). "Y vosotros lo mismo que yo misma" (pág. 42). "Decir la luz con luz sonora" (pág. 33).

Ahora nos toca pasar revista a un grupo de metáforas, alegorías e imágenes. A mi entender no admiten explicación las siguientes: "Desbocado cabalga su embeleso" (pág. 11). "Pingajo claudicante" (esta expresión se encuentra, paradójicamente, en el llamado Soneto Diáfano, pág. 17). "Bailó su carcajada meteórica" (pág. 22). "Aromado vitales geografías" (pág. 43). "Riendo robos de besos y suspiros" (pág. 39). "Mientras rugen sus abismos / (¡Eso es de oírsel) y las erres le sangran la garganta / (reflexión gramatical) y las letras materializan su idealismo" (pág. 33). Y a renglón seguido: "Y tú, barro gimiente orgullas tanto / la turbia formación de tus aullidos / si apenas obediente al ciego mando / terciopelas de amor lo demoníaco." ¿Qué tal? Más adelante, en otro poema leo "Las trigueñas muchachas de mis ojos". Creo que debió decirse "las niñas de mis ojos"; eso sería lo normal en el idioma castellano (En inglés esa expresión se traduce por "the apples of my eyes", o sea, las manzanas). "Y un coágulo de sol a flor de voz" (pág. 34). "Glaucorquestación de tus llamados". Tengo entendido que las orquestaciones se oyen, no se ven, pero como se refiere al mar podríamos dejarla pasar, pero en cambio "estrellitas ojeras" (pág. 62) y "Miel salada" (pág. 46) hay que rechazarlas con energía, porque son una ridiculez.

Varias contradicciones. "Dolor de serlo *todo* y *nada* apenas / dolor de ser *muriente* barro *vivo*" (pág. 33). Veo bien claras dos contradicciones y el lector con seguridad también. ¡Basta! Esas peregrinas imágenes piden a gritos inmediato divorcio. Parece que la autora se hubiera complacido en buscar los términos más disonantes para asombrar al leyente y si aquéllos no calzan bien, los acomoda a su manera. Podría seguir citando a lo largo de muchas páginas todas las impropiedades que encuentro en ellas, pero como es una tarea bastante ingrata, prefiero no seguir adelante, máxime si con las transcritas hay bastante.

Veamos sólo el edificante fragmento de un poema, tomado al azar: "Y la niña desnuda / dejada sobre el árbol de la nada / como fruta podrida / (!) (pág. 52). Una persona con un átomo de buen gusto y mediano criterio,

¹Expresión del lexicógrafo chileno Dr. Carlos F. Mac Hale

lee las estrofas anteriores y le niega a Carmen Castillo todas sus condiciones. Yo no voy a ir tan lejos, porque dentro de tanta palabrería inútil y hueca, de tantas licencias lexicográficas, he notado sinceridad para expresar los sentimientos. Convengo que los poemas incluidos en "Vivencia", tal como están, serían un esbozo estimable para una obra definitiva. Pero si se le ha querido dar ese carácter a creaciones que aún carecen de una revisión crítica, seria y minuciosa, cambia todo el panorama. Sería, por supuesto, otro muy diferente si se hubiera corregido, se hubiera pulido, en una palabra se le hubiera dado una estructura final apropiada a las circunstancias. El argumento de que este libro fue premiado y su contenido no debía sufrir modificaciones, no es válido en ninguna parte. Cambiar una palabra por otra, en vez de atropellar el Diccionario a cada paso, no constituye ningún acto impropio de un poeta que desea ver respetada su producción. Si la envía al mercado sin adornarla como es debido, corre peligro que nadie se interese por ella. Carmen Castillo comprende estas dificultades y escribe: "Dolor de carecer de las palabras / con qué expresar lo humano, lo divino / idioma luminoso, sobrehumano, / mezcla de sangre, lágrimas, suspiro . . . /".

Yo creo que más vale no publicar nada en esas condiciones. Sólo determinados fragmentos de poemas —como el citado más arriba— y "Cantos a la sombra", en su primer cuarteto, se salvan de la bacanal antipoética y antilógica de este libro. Su autora tiene talento, pero debe saber aprovecharlo, y no como hasta ahora, desperdiciarlo en escaramuzas publicitarias —como ésta— que no conducen a ninguna parte, salvo al descrédito, que nace de una valorización acuciosa y seria. Que abandone ese afán de espectacularidad en beneficio de la sencillez, que pula incansablemente (como Jorge Hübner Bezanilla, maestro en esa ejemplar disciplina) y respete esa lengua castellana que tiene incontables vocablos de parecido o idéntico significado, que pueden usarse sin desconocer las reglas y los principios gramaticales. Si no, recordaremos la sentencia latina, tan cara a un recordado amigo nuestro, el insigne crítico y humanista D. Ricardo Dávila Silva (Q. E. P. D.): Caveant consules: rotas las alas en la temeraria empresa de remontarse por encima de sus propias condiciones y posibilidades.

Y una observación al terminar. Más de alguien podría lamentarse que en vez de examinar tantas menudencias habría sido preferible pasar por alto los defectos y notar solamente los aciertos, y también no profundizar tanto en la forma, abandonado el contenido. A eso responderíamos que si la estructura posee en buena parte numerosas deficiencias, eso impide apreciar el mensaje que le ha sido impreso, con fuerza pero con ligereza, lo cual no deja de ser lamentable.

Un testigo en la alborada de Chile, de EDUARD POEPIG (1826-1829)

Traducción, introducción y notas de Carlos Keller.

Zig-Zag, 1960

Entre los homenajes concebidos durante el año pasado en honor del Sesquicentenario de la Independencia de Chile, cabe destacarse la traducción por el académico e historiador Dr. Carlos Keller, de una obra del más vasto contenido histórico y científico: *Un testigo en la alborada de Chile*, del sabio y naturalista alemán Eduard Poepig, quien visitó nuestro país entre los años 1826 y 1829. Durante ese período, Poepig recorrió el territorio nacional